

2. La ceguera de Edipo no estaba incluida en la predicción, es decir, en el pasado, sino que acontece en el futuro, después de ser cumplida la fatalidad. Nadie, que yo sepa, ha reparado que la decisión de Edipo de quitarse los ojos es producto de su libertad. He aquí que quizá sin darse cuenta, Sófocles introduce un elemento de libre decisión en medio de la trágica determinación del destino. La relación con el símbolo edípico que pareciera establecer Sábato con el símbolo de la ceguera no entraña necesariamente el contenido trágico —y como tal inevitable— que algunos críticos han establecido en sus interpretaciones. Aunque no en el informe, pero sí, como pudimos comprobar, en *Abaddón*, Sábato no deja lugar para un enfoque freudiano y sí, en cambio, para la perspectiva del psicoanálisis existencial, al identificar el no saber con el no ver.

3. Cuando Sábato, conducido por R., llega hasta Soledad, le dicen: «Verás lo que tienes que ver», y lo que Sábato ve es un ojo en el sexo de Soledad. Entonces R. agrega: «Ahora harás lo que tienes que hacer», y Sábato penetra con su sexo en ese ojo que cede ante él como la virginidad.

4. La confesión de Sábato de que empieza a ver el mundo a través de su madre.

5. El fracaso de su búsqueda metafísica.

6. El desdoblamiento definitivo, que asume las veces de un exorcismo. Sus fantasmas quedan frente a él, fuera de él, en el momento en que la imposibilidad de superar la mera instancia de ser testigo, es decir, un mártir, según la etimología griega que ya explicamos, de un destino, de una fatalidad a cuyo último significado no podrá acceder jamás.

7. El contexto apocalíptico de la novela, simbolizado desde el título mismo y desarrollado en toda ella.

8. El *ver* en relación con el conocer, con el comprender. Para nosotros, los occidentales, el ojo es el órgano intelectual por excelencia. Por lo tanto, no comprender es lo mismo que no ver, vale decir, estar ciego, sumido en la tiniebla de un abismo, de un vacío, de un vértigo ante la nada.

9. La visión de la paz en la muerte, ya que existir es irremediable angustia.

10. La aceptación en los párrafos finales de la novela, de esa condición existencial que conduce al hombre a ser un expósito del universo. Recordemos la pregunta con que inicia el poema de la última página:

«¿Es el alma un extraño en la tierra?»

y su conclusión:

*«Hermana de tempestuosa tristeza
mirad!
Una barca angustiada naufraga
Bajo las estrellas
el rostro callado de la noche».*

Y bien, por último, si el lector relaciona estos diez puntos entre sí encontrará posible nuestra hipótesis explicativa acerca de la persistente obsesión simbolizada en la «ceguera», enigma que transita el desarrollo medular de sus tres novelas, sin cuya interpretación queda trunco todo esfuerzo por comprender las «coordenadas» poéticas con las cuales Sábato ha construido su universo de ficciones. He aquí nuestra hipótesis, fundamentada en las reflexiones expuestas sucintamente en este trabajo:

a) El ojo en el sexo de Soledad-madre simboliza la concientización y el enfrentamiento de la obsesión edípica. En *Sobre héroes y tumbas* su conciencia fue Alejandra y, en lugar de asumirla, fue destruida.

b) Romper y penetrar el ojo del sexo de Soledad-madre simboliza la liberación del encierro materno, a través del cual comenzó a ver el mundo, para empezar a verlo con sus propios ojos.

c) El símbolo de la ceguera, que lo persigue detrás de su obsesión edípica que el autor concientiza como su fatalidad, posee dos vertientes interpretativas estrechamente relacionadas entre sí:

1. La idea del castigo-persecución-horror-vergüenza y sublimación del incesto, el cual por fin comete en el desenlace de *Abaddón*.
2. La ceguera del entendimiento en la trágica condición existencial que condena al hombre al fracaso en la búsqueda del sentido último o metafísico.

Propongo esta hipótesis ajustándome al único método válido para toda interpretación: buscar los significados posibles en el propio autor, en sus propias palabras, en sus propios símbolos. Pero al final de esta ardua tarea de desciframiento queda en mí, sin embargo, una ingrata sospecha que bordea los márgenes de la certeza, y es que, en definitiva, nadie, ni el propio Sábato, podrá desentrañar la última significación de los símbolos inconscientes que a través de sus tres novelas constituyen la representación de sus obsesiones, de sus fantasmas. Y además tampoco debemos olvidar que estamos interpretando una obra de ficción, no un ensayo, ni una autobiografía. Como dice Sábato en *El escritor...* (p. 88): «Las vivencias no se inventan; se viven. Lo que hace el novelista es recombinar esas vivencias, pero no a la ma-

nera del niño que desmonta las piezas del mecano con que ha armado una grúa para construir luego un avión, sino a la misteriosa manera de los sueños y los mitos: sin saber cómo ni por qué. Y así como en el mundo de los sueños entrevemos rostros conocidos con pavorosos o atormentadores rasgos desconocidos, ningún escritor puede escribir algo de valor que de alguna manera no haya pertenecido al mundo de la vigilia: con aquellos celos, con aquellas pasiones, con aquellas angustias padecidas se crean seres de ficción, que así nos recuerdan algo que hemos visto alguna vez en alguna parte (pero ¿dónde?, ¿cómo?); rostros parcialmente recordados, pero que nos inquietan con sus indescifrables rasgos nocturnos.»

Por ello el alcance de una hipótesis interpretativa sólo se limita a cierto perfil de testimonio, de autoconfesión, donde se mezclan sin rigor lógico lo consciente y lo inconsciente, factores éstos que intervienen en toda novela y, en general, en toda obra de ficción, incluyendo la literatura lúdica. Por ello también nuestro trabajo será sólo un complemento de un análisis literario en relación con el tema, el asunto, los motivos, etc., y que un especialista podrá tomar en consideración como ingrediente auxiliar de su tarea. Toda pretensión de ir más allá de este límite supone una traición al autor y a su obra. Un vano y, por lo tanto, inútil intento de violar las murallas del misterio poético con el precario instrumento del concepto.

Finalmente quiero expresar, a manera de disculpa por una serie de inevitables omisiones, que el esfuerzo de síntesis me obligó a seleccionar —y, por ende, a juzgar— acerca de los elementos que componen las casi mil páginas de las dos últimas novelas de Sábato —cuya íntima trabazón impone un análisis conjunto— para decidir cuáles eran los más importantes para ser utilizados en nuestra empresa. Y toda selección, en estos casos, conlleva irremediablemente mutilaciones de la obra, todo lo cual parcializa aún más los alcances de una interpretación. Estoy consciente de ello, pero también lo estoy de haber apuntado los hitos esenciales para lograr el objetivo propuesto: el de dilucidar las claves fundamentales que Sábato ha puesto en su última novela para que el lector logre descifrar con ellas el sentido de los símbolos en los cuales se expresa y se envuelve toda su narrativa.

Al concepto del «escritor comprometido» de Sartre, yo le agrego el de lector comprometido, porque un buen lector nunca puede desembarazarse luego de incursionar en el testimonio de un autor como Sábato. Además, para «leer bien» a Sábato es necesario asumir la responsabilidad de ser un lector-intérprete. De lo contrario, si no se orienta en medio de los «indicios» con que compone sus tramas, no podrá acceder al desciframiento de lo que podríamos llamar el

«código de claves» de su técnica novelística, con el cual construye su universo de ficciones.

Pienso que con sus tres novelas, Sábato nos ha abierto el rumbo de una original, profunda y perdurable corriente narrativa, que se incorpora definitivamente entre lo más representativo de la literatura de todos los tiempos.

HECTOR CIARLO

Universidad de Puerto Rico
Apartado 21850
PUERTO RICO 00931